

La necesidad de un horizonte:

Análisis de las teorías conspirativas a través del nihilismo social

Máster universitario en Filosofía para los retos contemporáneos

Autor: Miguel González Martín

Tutora: Irene Gómez Franco

Fecha de entrega: 20/06/2022

Índice

- 1- Introducción. P.4
- 2- ¿Qué es una teoría conspirativa? P.6
- 3- Recapitulación sobre el nihilismo y la decadencia. P.9
- 4- Nietzsche y la crisis de la voluntad. P.12
- 5- La historia del desastre y el trono vacío como génesis del pensamiento conspirativo. P.16
- 6- Crisis de la legitimidad del estado y la ciencia en la contemporaneidad. P.19
- 7- Voluntad conspirativa y nihilismo cultural en la sociedad del rendimiento. P.27
- 8- Conclusión: Teorías conspirativas como producto del nihilismo cultural. P.31

Resumen

Mi intención, con el presente trabajo, es indagar en el fenómeno de las teorías conspirativas y clarificar el origen de sus visiones y actos como parte del proceso de nihilismo cultural en la sociedad contemporánea. Se pueden observar numerosos factores, desde el detrimento del estado y la decadencia de lo social por medio del optimismo individual, hasta el deterioro de la estructura científica. Un panorama que ha suscitado una sospecha hacia las fuentes oficiales de información y que se sustrae de una situación de desorientación y una pérdida del sentido en el individuo contemporáneo, que le llevan a intentar encontrar en las teorías conspirativas una nueva oportunidad para alcanzar consuelo epistemológico y un suelo fértil para proteger sus creencias.

Palabras clave: Verdad, Nihilismo cultural, Teorías conspirativas, Positivismo individualista, Crisis de legitimidad.

12.130 palabras.

1- Introducción

Mi motivación para este escrito es acercarme a nuestras pretensiones de conocimiento y nuestros intentos por configurar un orden, un horizonte donde podamos corroborar que dicho conocimiento es fructífero, donde podamos construir nuestro hogar lejos de lo sublime kantiano.

Basta con que nos asomemos a la ventana para corroborar que esta pretensión hacia el conocimiento no es la única influencia que se da en nuestras civilizaciones. Observamos también una decadencia de lo social, lo colectivo, en medio de una recalcitrante lucha entre dos polos opuestos del espectro ideológico.

Por un lado, atendemos al positivismo individualista. Este representa una masa que, persiguiendo valores ilustrados, se enfrenta a los problemas de la realidad y la sociedad con inaudita confianza. Creen que en el progreso liberal del individuo se encuentra el futuro de la humanidad.

Por otro lado, frente a esa “confianza del Yo”, identificamos una sombra opuesta. Una sombra multitudinaria, que derriba los mitos construidos por el liberalismo y el triunfo del progreso. Más allá del siglo de las luces, solo observamos las barbaries de los monstruos de la razón. “Estamos inmersos en la historia de una decadencia”, dirá esta sombra, mientras nos presenta un mundo en el que se ha perdido el sentido.

Esta batalla lleva repitiéndose cíclicamente; es la batalla entre el positivismo y el nihilismo, entre *Hegel* y *Schopenhauer*, pero también una batalla entre el individualismo y la comunidad. Y no es una batalla como tal, pues ambas sinrazones permean en todos los individuos por igual, en mayor o menor medida cada una.

Hay una confianza en el saber absoluto del individuo, sí, pero también hay una desconfianza hacia las fuentes oficiales que han ido transformando el conocimiento, presentándolo como conocimiento científico. Como dice Diego Sánchez: se ha hecho inevitable la conclusión de que la ciencia no puede pretender validez universal. Tampoco la metafísica, ni la moral. Todas las creaciones humanas son productos de una voluntad de poder (Sánchez, 1989, p.113). La ciencia ya no nos sirve como pretendiente al trono vacío. ¿De qué nos hemos de fiar?, nos preguntamos, en medio de esta decadencia individualista.

Nuevas interpretaciones del mundo han surgido desde entonces, acudiendo a nuestra llamada de auxilio. Nacen ideas y percepciones esgrimidas entre individuos que sospechan que la realidad que se nos vende desde las fuentes oficiales no es la verdadera. Estas son *las teorías conspirativas*. De la conspiración etimológica, de una unión (*con-*) para conseguir lo anhelado (*spirare*), y, por ello, un relato y una acción contra lo preestablecido.

Pueden ser definidas, según Karen M Douglas, como “intentos de explicar las causas últimas de eventos políticos y sociales significativos [...] con reclamaciones acerca de complots secretos hechos por dos o más actores poderosos” (Douglas y Robbie, 2020, p.1) por individuos henchidos en sí mismos y en sus posibilidades de conocimiento.

Por otro lado, nos damos cuenta de que somos sucesores de una revelación y una catástrofe. El marco nihilista es el que “nos ha dado la conciencia de que nosotros, los modernos, estamos sin raíces, [...] navegando a ciegas en los archipiélagos de la vida, el mundo y la historia” (Volpi, 2012, p.165). Es una tendencia que comenzó a postularse a partir del escrito de Nietzsche “Sobre verdad y mentira en sentido extramoral” (1873), la cual partía de tres tesis: La primera, que para sobrevivir es necesario el fingir. Segunda, que el lenguaje es un sistema de signos de carácter convencional al servicio de nuestra supervivencia. Por último, aclaró que el origen del conocimiento está en la imaginación. La consecuencia de estas tesis es una crítica (y subsecuente desmantelamiento) de la idea de verdad.

Considero que es en esta tendencia donde reside nuestro interés, para identificar si efectivamente el germen conspirativo tiene su raíz en la erosión de la categoría de verdad y la decadencia social. En suma, mi intención es relacionar esa falta de valores y sentido social, interpretada como *nihilismo cultural*, con la proliferación contemporánea de estas teorías conspirativas, relatos e interpretaciones de realidades discordantes, ocultas por las fuentes oficiales y sus agentes en el poder (hablo en este caso de la hegemonía académica científicista, pero también cualquier información obtenida por órganos gubernamentales u organizaciones afines a estos).

2- ¿Qué es una teoría conspirativa?

Debo comenzar, sin más presentaciones, por la investigación de los dos conceptos pertinentes: *Las teorías conspirativas y el nihilismo social*. Comencemos por la primera, pues su acercamiento requiere un examen de sus causas sociales, menos rico en contenido filosófico, pero esclarecedor de igual manera en lo relativo a los mecanismos de la cultura contemporánea. Cabe preguntarnos pues: ¿Qué definición podemos dar de las teorías conspirativas y los sujetos que las siguen? ¿Podemos determinarlas de alguna manera?

Los estudios de las teorías conspirativas, de manera generalizada, son algo reciente. Esto es debido a que su proliferación se ha venido identificando desde estos últimos 20 años. Así observamos desde teorías de la conspiración que identifican asesinatos presidenciales u actos violentos políticos, con la mano invisible de organizaciones como la CIA, hasta teorías generales de relatos del mundo, como la percepción de la tierra plana o el secreto tras el alunizaje de Estados Unidos, orquestados por agentes poderosos tras las sombras. Tras investigarlas, mi intención última es hallar que ha causado esta desconfianza ante la realidad socialmente aceptada del mundo, ante las fuentes, organizaciones gubernamentales y el academicismo científico.

Las teorías conspirativas son, entonces, esos relatos en contra de las verdades establecidas como oficiales, aceptadas por el público en general. Son relatos contraintuitivos, pues van en contra de cualquier prueba fehaciente, porque sospechan exactamente de esas mismas pruebas. Entendamos así que los individuos conspirativos no son aquellos que apoyan ocasionalmente una teoría conspirativa, sino que son aquellos que tienen por tendencia habitual el creer en este tipo de teorías, sean estas de índole política, que tratan acerca de asesinatos escondidos por parte de organizaciones gubernamentales, hasta teorías que presentan directamente un modelo de realidad diferente. Se les conoce como creyentes habituales, que ven que el conspiracionismo va más allá de la creencia en una sola declaración (Vicol, 2020, p.14). Pero eso no es lo que define a una teoría conspirativa, no es “una explicación alternativa de ciertos eventos [...], es una forma de teorizar *a pesar* de las pruebas disponibles” (Vicol, 2020, pg.17). Recurren a un rechazo tangencial de cualquier tipo de pruebas presentadas por los discursos oficiales. Esto es remarcable, porque deciden obviar otras tantas teorías, igual de importantes, con la carga de un *telos*, un fin dentro de ellas, que nos pueda dar un sentido. Estas serán totalmente descartadas por provenir de susodichas fuentes.

Los conspirativos creen que existen pequeños y concretos grupos de élites, malignos y poderosos, responsables de dar forma a los eventos del mundo y los sistemas políticos que conocemos en el seno de la sociedad contemporánea. Bajo esta visión del mundo, las instituciones democráticas son inefectivas, pues las estructuras y los hechos están amañados desde el inicio (Douglas y Robbie, 2020, p.2). Siendo así, tiene sentido que no crean en las informaciones que provengan de ninguna institución política, o en la formación de nuevas maneras de acción colectiva. Aunque, como comprobaremos más adelante, no se suele hacer una sospecha generalizada a cualquier organización política, sino a aquellas que presentan una ideología contraria a la del conspirador en cuestión. Sabemos que denostar cualquier fuente oficial en un escepticismo radical no es la manera realista en la que actúan los conspirativos. Las conspiraciones, aunque se den desde sendos extremos por igual, parecen resonar con la ideología extrema y con el populismo, que ve a la gente como esas víctimas de las malignas fuerzas políticas (Douglas y Robbie, 2020, p.2).

El dilema de las teorías conspirativas es el poco caso que muestran hacia los datos empíricos ajenos a los suyos y lo simplista que suenan muchos de los propiamente elaborados. Una persona conspirativa, que reiteradamente acuda a estas teorías como fuentes oficiales de verdad, podría entrar a argumentar la posibilidad de que la superficie de la tierra sea plana, y todo el trabajo histórico, científico y geológico que hay detrás será rechazado, a favor de unos argumentos puramente elucubrativos, que calcen con su nuevo modelo del mundo. Mas en el momento en el que se le revele una verdad natural, como es la gravísima importancia del cambio climático, esta será una teoría falsa, creada por un *lobby* que defiende unos fines concretos y ocultos.

Hay una especie de placer negativo en el catastrofismo conspirativo. Es un catastrofismo, sin duda. Pervive en el caos del mundo, también. Pero, siempre que se da, es uno muy concreto y nunca letal, solo hegemónico. Con esto quiero decir que las teorías conspirativas se mueven en una ambivalencia, entre la necesidad imperiosa de reaccionar ante las mentiras que se nos cuentan y los secretos que se nos ocultan. Aun así, ninguna de las situaciones propuestas tendrá nunca consecuencias límites de verdad, consecuencias como las del cambio climático. Es una catástrofe muy comedida, aquella que otorga poder con su realización. Porque de no ser así, ¿qué nos quedaría? ¿De qué sirve darnos cuenta de una realidad cuyo último estadio sea la extinción? Eso no nos da ningún poder como individuos, si acaso lo deslegitima.

Entendemos aquí cómo las tendencias hacia una creencia u otra calzan también con un extremismo ideológico y político. Lo refuerza y crea perfectos muñecos de paja para contradecir argumentos ampliamente revisados. El problema reside en este extremismo, que se alimenta del ego individualista, de las posibilidades innatas que todos pensamos que tenemos para llegar a la verdad. La cuestión, al final, no es que las teorías sean reales o no. Hay algunas que han resultado serlo (la propia teoría que creía que había intenciones ocultas en los gobiernos democráticos estadounidenses para suavizar el impacto del cambio climático de cara a la audiencia, o descartarlo completamente. Más tarde se ha demostrado que esto era ciertamente así), pero el peligro real es cuando teorías conspirativas sin base fundamentada entran a presentar nuevas visiones en cuestiones que atañen a la salud pública, como es el caso de teorías nacidas en el seno de la pandemia mundial del COVID19. Al descartar cualquier fuente oficial promueven, en última instancia, la desinformación. Que esta no provenga de fuentes gubernamentales, sino de individuos libres y anónimos, no aumenta su confiabilidad. El problema es que no son teorías que se puedan desmentir fácilmente, debido a que sus conjeturas son difíciles de comprobar, también son difíciles de desacreditar (Vicol, 2020, p.12) Algunas teorías crean, así, comportamientos dañinos precedidos por la desinformación, que se hacen aún más latentes si la situación amerita una organización social prudente. Los efectos de estas nuevas concienciaciones pueden ser muy nocivos y de gran calado social. A su vez, no se puede negar que las teorías conspirativas sobre la pandemia del COVID19 no han parado de usarse como arma arrojadiza contra la gestión de los gobiernos en el poder durante el desarrollo de la pandemia.

Así, las teorías conspirativas nacen de una desconfianza, una pérdida de seguridad en lo que antes era considerado incuestionable y un sentimiento de desorientación total. Los momentos escandalosos, momentos inentendibles, de pandemias y alertas sociales, son los que más alimentan este tipo de teorías, pues son estos momentos los que más dejan entrever como las estructuras absolutas sobre las que nos sentamos son, en realidad, artificios. Son en estos momentos donde nace una necesidad de descubrimiento, así como de control. Recordemos que, precisamente, las conspiraciones cumplen un rol epistémico: nos dan una sensación de control sobre el entorno, el acceso a una verdad no oculta, sino ocultada de nosotros. Llenan los vacíos de información, que antes estaban atados a un factor teleológico, a la par que refuerzan el sentido de autonomía del individuo.

Entendemos, pues, que el creyente habitual de teorías conspirativas observa este cúmulo de teorías como una tendencia general, incluso aunque algunas se puedan contradecir con otras. Ya está bajo el abrazo de una verdad reveladora, que le protege en el mundo y le da un sentido y un orden revelados, aunque sean retorcidos. Las teorías conspirativas refuerzan así nuestras creencias, ante la incertidumbre y la contradicción (Vicol, 2020, p.16). Nos consuelan nuestra incansable necesidad de saber. Al usar argumentos especulativos, no falsables, se resisten a ser refutadas y de esta manera protegen nuestra “realidad” en estados de ansiedad y en situaciones sociales límites. Nos dan una sensación de control sobre los hechos, sobre la realidad. Hablamos de una relación más sentimental que lógica, que atiende una falta de control personal. Refuerzan nuestras costumbres, nuestra pertenencia a ciertos grupos sociales, así como nuestro egocentrismo individualista, mostrándonos como reveladores de un secreto oculto, más cercanos a la verdad que el resto. Estos factores son importantes y sólo multiplican exponencialmente la expansión de estos argumentos y teorías, en el estadio de la moderna pérdida de creencias en el que nos encontramos, en donde la vida humana, al igual que el mundo, se han convertido en algo totalmente efímero. En ese desasosiego es donde enraízan estas percepciones.

3- Recapitulación sobre el nihilismo y la decadencia

Ahora hemos de ahondar en el otro concepto, un sentimiento más generalizado, cuyo origen se puede vislumbrar hace casi 200 años, accediendo a entrever la desconfianza que, en general, se da a las informaciones que provienen de cualquier organización oficial. Lejos de las especificaciones que hemos dado, lo cierto es que el proceso que se vive hoy en día, y que pretendo hacer coincidir con la proliferación de las teorías conspirativas en la contemporaneidad, es el *nihilismo social*. Un proceso de deterioro de lo social, de optimismo individualista ante las posibilidades del progreso y el sentido de la existencia, acorde según sistemas financieros. Nos preguntaremos, al fin, si la proliferación de las teorías conspirativas en la contemporaneidad tiene su raíz en el nihilismo social y la erosión de la categoría de verdad. Debemos primero acceder al origen del propio nihilismo.

La primera vez que el concepto se hizo conocido fue en la reverenciada novela de *Turgueniev*, “*Padres e hijos*” (1862). Este referenciaba la personalidad del protagonista,

con el termino de “nihilista”, a saber: una desazón ante el porvenir de la vida, producto de la falta de sentido que encontramos en la misma. Mas el termino nihilista ya había sido usado anteriormente por el crítico *N. I. Nadedjin* en “*La asamblea de los nihilistas*” (Gil, 2011, p.40-50), e incluso un autor más vetusto como *San Agustín*, usó el termino para referirse a los “no creyentes”, los herejes.

Pero el nihilista, en el relato de “*Padres e hijos*”, se presenta también como el hombre que no acata autoridad ni principio, que todo lo pone en duda, por respetable que sea. Es un libro escrito en 1862, una época de alumbramiento de ideas, donde se sometía a crítica y revisión lo que hasta entonces eran tradiciones incuestionables. Una época donde las tendencias positivistas del progreso, suplantando el idealismo metafísico, tomaron el progreso tecnológico y científico como su bandera. Esto es lo que representaba el hombre nihilista, el lado más positivo de *Nietzsche*. Aunque también la sombra de otros autores, más amargos y pesimistas, como *Schopenhauer*, habían dejado su pozo en aquellos años, acercando a *Nietzsche* a estas cuestiones y al pesimismo que la acepción del Nihilismo iría tomando, en manos del propio autor.

Franco Volpi defiende que, en un sentido etimológico, el primer nihilista sería *Gorgias*, quien acuñó el pensamiento de la triple negación del conocimiento (Gil, 2011, p.7). Mas fue en el inicio de la Edad Moderna cuando *Pascal* expuso con palabras un sentimiento que notaba cerniéndose sobre la civilización: un derrotismo de proporciones cosmológicas y ontológicas. “El universo, en la modernidad, deja al hombre sin patria frente al eterno silencio de las estrellas y los espacios infinitos, indiferentes a la vida humana” (Gil, 2011, p.14). Otra acepción provendría de *Fridrich Lebrecht Goetz*, quien en 1733 hablaba del “*nihilismus*” como la convicción de que todo es nada (Gil, 2011, p.13-14).

Posteriormente, durante la Revolución Francesa se denominaría como nihilista a aquella multitud que no se mostró ni en contra ni a favor de la Revolución, refiriéndose, también, a aquellos que no creen en nada. Por otro lado, acercándonos a concepciones cercanas al propio *Nietzsche*, podemos especificar el nihilismo como una creación de origen francés, pero en cuanto a la destrucción del catolicismo. Así lo designaba el romántico *Franz Von Baader*, quien identifica el nihilismo con la disolución de las sagradas verdades, la tradición y fundamentación cristiana, en manos de una práctica moderna destructiva y científica (Volpi, 2012, p.24). “Nihilista” será usado, de esta manera, como un insulto por parte de los autores hostiles al iluminismo y la Revolución.

Fue en los años sesenta del siglo XIX cuando las ideas comúnmente reconocidas del nihilismo se expandieron a gran velocidad como una categoría de crítica social. Mas no se instauró nunca como programa político, precisamente por no adscribirse a nada. Entonces fue *M. Bakunin* quien proyectó y unió la imagen del martillo deconstructivista nihilista con la de la sublevación anarquista, propiciando la proyección radical y socialista del término con el paso del tiempo (Gil, 2011, p.53). Perseguía una lógica sin estrecheces, una ciencia sin dogma. El nihilismo aquí determina que la nada es una ilusión óptica que necesita desvelarse.

Ya en la figura del sabio filosofo alemán, el fenómeno concluye su recorrido histórico, acercándolo a su identificación con la muerte de Dios” (Gil, 2011, p.56-57-58). Influido indirectamente por el pensamiento de la nada schopenhaueriana, a través del autor *Mainländer*, este extrae de *Schopenhauer* una radicalización: que la cosa en si no se identifica con la voluntad de vida, sino con la voluntad de muerte, el pasar del impulso de ser a la nada (Volpi, 2012, p. 37). Sin embargo, es en el autor *Paul Bourget* donde encontramos el concepto principal para hablar de los efectos sociales que podemos observar y que caracterizan al nihilismo: la *décadence* (Volpi, 2012, p. 41). Esta es entendida como decadencia social cuando los individuos que componen la sociedad se vuelven independientes de la misma. Se descompone una unidad, el organismo social, el conjunto. Esto es la decadencia, caracterizada a través del nihilismo en *Nietzsche* por la disolución fisiológica del organismo plural, disgregándose en partes que se separan del todo y se vuelven independientes a éste (Volpi, 2012, p. 37). Esta perspectiva la podemos asimilar con ese positivismo individualista que podemos encontrar en las sociedades contemporáneas, debilitando el pensamiento de lo colectivo como signo de progreso. ¿Es ésta la prueba de que vivimos de lleno en una civilización nihilista, fruto de las consecuencias de la decadencia de lo social?

Este es el punto de inflexión que marca el nihilismo, en el que los valores supremos han perdido su valor como tal, de modo que falta un *telos*, una dirección, una meta. El sentido de las cosas queda desdibujado. Lo que era hasta entonces valioso, resulta ser artificial e insustancial. Se superó la moral cristiana y su efecto fue una negación de todo valor, de toda unidad que podíamos encontrar en la sociedad. El desdibujar el sentido de la existencia nos lleva a la desesperanza y malestar. Los viejos valores no pueden ser sustituidos como si nada, por lo que la muerte de Dios no es una muerte

como tal, es una trasposición del edificio de los valores. Aquel que ocupe el nuevo trono lo hace sentado sobre unas bases que ya no son las suyas.

Y así nos encontramos, luchando entre la confianza de poder obrar confiando solamente en nosotros mismos, a la par que sabemos que estamos desnudos y solos, temerosos de dar un paso en medio de un mar tempestuoso, si ningún faro a la vista.

4- Nietzsche y la crisis de la voluntad

Hoy vivimos el nihilismo tal y como lo definía Nietzsche en uno de sus últimos fragmentos: “falta el fin; falta la respuesta al ¿para qué?, ¿qué significa el nihilismo? Que los valores supremos se desvalorizan”. No aparece una posibilidad de poder, sino una situación de desorientación cuando parecen fallar las referencias tradicionales, un vacío y pobreza de valores. Mas Nietzsche, aunque sea hijo del nihilismo y la decadencia, lucha y protesta contra ella. Este es su objetivo último, rechazarla con un movimiento, una realidad ontológica. En esta comprendemos al hombre como aquel en quien se manifiesta la *voluntad de poder* como una fuerza transvaloradora ligada a la libertad humana, a la posibilidad que tenemos, inmanente, de crear nuevas perspectivas de sentido. Quiere estudiar el nihilismo histórico, social y ontológico, para prescribir una terapia. Es por ello por lo que se adentra a estudiar concienzudamente la crisis en la voluntad de poder que se daba en su época. Asevera que este mundo es un monstruo de fuerza y caos, sin inicio ni final, un mar de fuerzas con un flujo y reflujo en el retorno. “Si este mundo tiene nombre, es la voluntad de poder, y nada más. Nosotros también somos esa voluntad de poder, y nada más” (Sánchez, 1989, p.104). Así, el mundo verdadero no significa ninguna realidad originaria más allá de la apariencia, inventada por una voluntad de poder determinada (Sánchez, 1989, p.128).

En “*La gaya ciencia*” (1882), habla de la moral como problema. (Nietzsche, 1882, p.139). Dice que, por todas partes se percibe una falta de personalidad. El desinterés, para él, no tiene valor alguno, pues todos los grandes problemas exigen soluciones dadas por un gran amor, de parte de espíritus poderosos y seguros en sus cimientos.

Nietzsche exige que se examine y estudie el valor de la moral para reconocer su origen y sus características. Ésta, hasta entonces, no había sido un problema en el marco del pensamiento cristiano.

Así lo trata en el siguiente fragmento, “Nuestro interrogante”, donde habla de la verdad que obviaban las personas de su época: el hecho de que vivimos en un mundo inmoral. Lo interpretamos como divino, creado expresamente como nuestro patio de vida, según nuestros deseos y voluntad de veneración, pero esto es una mentira inventada por nuestra necesidad. El desengaño tiene como consecuencia observarnos, a nosotros y nuestra voluntad de poder, hasta ahora retorcida. Comprendimos de esta manera que nuestra actitud es la del hombre como principio negador del mundo, poniéndonos a nosotros, y no el mundo en sí, como medida de valor de todas las cosas.

Darse cuenta de esto significa dar paso hacia adelante, pero conlleva también unos efectos que deben ser analizados para poder tratarse. Genera una sospecha que peligra con llevarnos a la depresión, una inexorable realización. Nietzsche lo dirá tajantemente: “¡O suprimen sus veneraciones, o se suprimen ustedes mismos! (Nietzsche, 1882, p.139). Esta es una realidad, una alternativa que nos carcome: necesitamos sujetarnos a algo para encontrarle un sentido a la existencia.

En el fragmento “Los creyentes y su necesidad de creer”, Nietzsche habla sobre cómo nuestra debilidad como individuos, ante el caos que es la realidad, se manifiesta en esa necesidad por creer en los artículos de la fe. Aunque estos sean desmentidos, seguimos teniendo la necesidad de creer en ellos. Muchos siguen necesitando del sustrato metafísico, otros se cambian al positivismo científico, mas la razón siempre es porque nuestra voluntad es débil, no estamos preparados para un mundo que no dependa de nosotros.

Nietzsche dice aquí que es lícito concluir que las religiones podrían deber su nacimiento y rápida propagación a un “extraordinario agotamiento de la voluntad” (Nietzsche, 1882, p.140). Necesitamos, en estas ocasiones, acudir al fanatismo como remedio a la debilidad que crece de nosotros mismos. Buscamos, desesperadamente, un sostén al cual rendir nuestras almas: “pues el fanatismo es la única “fuerza de voluntad” a la que pueden tener acceso también los débiles e inseguros” (Nietzsche, 1882, p.140). Esa debilidad de la voluntad, la incapacidad de reaccionar ante un estímulo, de protegernos bajo techos ya conocidos, no es sino otra forma de degeneración.

No puedo dejar de encontrar similitudes en esta descripción, acerca del debilitamiento de la voluntad y la necesidad de las creencias, con los principios que podemos asimilar en el comportamiento conspirativo. El sujeto conspirativo se sumerge

en una creencia que por mucho que sea refutada nunca se tambaleará (a razón de esa disposición que las teorías conspirativas tienen, de ser difícilmente falsables debido a su poco rigor empírico). Ya dijimos que las teorías ofrecen una defensa epistémica ante una realidad que parece incomprensible y hostil a nuestras identificaciones. ¿Es posible que esa inseguridad misma ante la realidad y nuestro lugar en el caos que llamamos universo, que produce un debilitamiento de nuestra voluntad, sea la razón por la cual tanta gente busca confort en nuevas teorías que expliquen la realidad? Estas teorías atribuyen la culpa de nuestra inseguridad, no al indeterminismo del mundo, sino a un complot invisible que quiere ocultarnos la realidad justamente para debilitarnos y mantenernos sumisos.

Desde el punto de vista conspirativo, los fuertes son aquellos que se dan cuenta de este engaño, de estas fuerzas ulteriores que nos vienen definiendo la vida, científicamente, como un sinsentido que aún no hemos alcanzado a entender. Encuentran nuevos valores, nuevas realidades, sí, pero bajo la sospecha de un orden maquiavélico. No afrontan el mundo como caos, sino como un tejemaneje de secretos bien hilados a lo largo de la historia, que nos mantienen alejados de las auténticas verdades.

Desde el punto de vista de *Nietzsche*, los fuertes son aquellos que comprenden los artificios sobre los cuales hemos construido nuestros valores. Éstos se enfrentan al mundo sin retroceder, confiados en que tienen en sí mismos la posibilidad de destruir la realidad comunmente creada, para cimentar una mejor. Esta clase de persona es la que sabe que hay preguntas de las que nunca podremos obtener una respuesta.

Nietzsche lo deja claro en uno de los últimos fragmentos de “*La gaya ciencia*”. En “Nuestro nuevo “infinito”” el autor da por entendido que el intelecto humano no podrá ver el mundo más allá de su propio ángulo (Nietzsche, 1882, p.165-166), nunca podrá el cuerpo interpretar la realidad fuera de las formas que le permiten interpretarla. Lo que hay que hacer es entender esto y tratar de sobreponernos a nuestra soberbia, tratar de dejar esa antigua pretensión de que sólo son válidas las perspectivas que surgen de nosotros. Existe una infinidad de posibilidades de interpretación a las que no hemos accedido, a causa de esa pretensión de que nuestros cimientos conectan con la realidad misma del mundo. Se trata de abolir el mundo aparente, eliminar esa perspectiva de apariencia de lo sensible, que seguimos teniendo como deudores del dualismo platónico (Volpi, 2012, p. 52). Los fuertes acceden a pensar la forma más extrema del nihilismo:

“La nada (la falta de sentido) eterna” (Volpi, 2012, p. 55). Todo retorna eternamente, sin propósito. Este es el estadio desde el cual tendremos que comenzar a repensar el sentido del devenir y la existencia.

Mas los conspirativos acceden a construir sus nuevas percepciones de realidad a partir de la misma necesidad de la que se valía el catolicismo. Como diría el propio *Nietzsche*, en “*El ocaso de los ídolos*” (1889): “Quien no sabe poner su voluntad en las cosas, pone en ellas al menos un sentido: [...] cree que hay en ella una voluntad, principio de la fe” (Nietzsche, 1889, p.4). Recogemos una perspectiva, y la defendemos con todas sus consecuencias, seguros de que hemos escogido la correcta. Parece algo complicado, por lo estrambótico de las propuestas de muchas de estas teorías, pero debemos comprender que, llegada la hora de tener que enfrentarnos al sublime caos, podemos creer en cualquier cosa. Este es el sentimiento que identifico en los conspirativos: un debilitamiento de la voluntad, un temor ante lo incognoscible. Desde esa necesidad, al igual que en el resto de las religiones, nacen las teorías conspirativas. Si las tratamos desde esta perspectiva, podemos asimilar el crecimiento del pensamiento nihilista, y la aceptación del caos de la existencia que cada vez más nos presenta la ciencia con este florecimiento conspirativo. A cada descubrimiento científico que indagamos sobre el universo, crece la realización de lo poco que reconocemos de éste. Así la física cuántica ha abierto los campos de esta perspectiva, con el descubrimiento de la materia oscura, que no se constituye de partículas ordinarias, sino de unas que nos podemos contemplar ni identificar. Su existencia compone casi la totalidad del universo y sus interacciones son las responsables de las fuerzas universales que aún no somos capaces de comprender. Cada paso en consecución de la realidad peligra con delimitar nuestra existencia a una causa más del universo que desconocemos.

Como un fenómeno religioso, cada teoría conspirativa ofrece unas observaciones sobre el mundo, confiando en el exceso del individualismo para crear a un sujeto que, por un lado, confía plenamente en sus posibilidades individuales de acceder a la verdad y, por el otro, tiene miedo a no ser capaz de enfrentar el mundo sin estar escudado por la creencia de que lo que identifiquemos como verdadero lo es objetivamente. Promueven la necesidad de encontrar un catastrofismo dirigido y secreto, cuyo descubrimiento pueda elevarles a ellos por encima de la masa social. Les sirve para determinarse como los fuertes, mientras estriban su confianza en producciones conflictivas, que buscan una

identidad maligna. Prefieren esta visión, antes que enfrentarse al caos de la existencia y el eterno retorno.

Teniendo esto en cuenta, podemos indagar en las prescripciones de Nietzsche y preguntarnos: ¿Podemos entender el origen de las teorías conspirativas a través de un análisis histórico nihilista?

5- La historia del desastre y el trono vacío como génesis del pensamiento conspirativo

Al postular la sentencia de la muerte de Dios, *Nietzsche* reconoce así la desvalorización de los valores supremos y la disgregación de la unidad social en la decadencia. Dirá que esta es la historia de Occidente, la historia de un error. Así lo explica, en el “*Ocaso de los ídolos*”, cuando escribe sobre cómo el mundo terminó convirtiéndose en fábula el “mundo verdadero” (Nietzsche, 1889, p.16). La historia del error es la historia de la división del dualismo.

La historia comienza cuando los sabios griegos entendieron que el mundo verdadero solo puede ser contemplado por ellos, los virtuosos. El dualismo platónico, de la realidad y las ideas, germen del pensamiento cristiano y la separación kantiana. Este mundo “verdadero” se les prometió primero a aquellos con un alma justa y contemplativa, *Daimones*, entre la humanidad y la divinidad. Posteriormente, con la llegada del cristianismo, este “mundo verdadero”, el paraíso tras la muerte, le era ofrecido a los piadosos. Nos consolamos así, definiendo en nosotros características que nos unían a ese mundo, el cual de por sí era inasequible, indemostrable. Aun así, el solo pensamiento de que era una posibilidad real para alcanzar nos servía para vivir bajo cobijo. Pensábamos poco de nosotros, como humanos, y nos consolábamos con poder alcanzar aquel estadio tras la muerte, siempre que cumpliéramos con nuestras obligaciones en este nuestro “mundo aparente”. Pero lo desconocido dejaría de servirnos de consuelo cuando el racionalismo y el empirismo llegaron. La idea del mundo verdadero ya no sirve para nada, una idea que se ha vuelto inútil, que debía refutarse, pues ya encontramos la seguridad en las construcciones humanas, no en los templos erigidos hacia los dioses. Así ocurrió la muerte de Dios y el gran error de la humanidad. Como *Nietzsche* dice: “hemos eliminado el mundo verdadero: ¿Qué mundo

ha quedado? ¿el aparente? ¡no!, al eliminar el mundo verdadero hemos eliminado también el aparente” (Nietzsche, 1889, p.19).

¿Qué valor podemos abstraer de este acontecimiento? Este es el punto culminante de la humanidad, que trae sus posibilidades y sus consecuencias. Aún las podemos ver, hoy en día, tal y como predijo el autor alemán, pues desde su perspectiva viene a mostrarnos la historia 200 años en el futuro. Las predicciones de lo bueno y lo malo que podemos prescribir del nihilismo cultural coinciden con las que él pronosticaba, en un increíble ejercicio deductivo. La consecuencia que sustraemos de la historia de la catástrofe es, pues, la muerte de Dios y todo lo que ello conlleva: la desvirtualización de los valores hegemónicos, el debilitamiento de la categoría de verdad, la pérdida de un fin al cual atenerse para otorgarle un sentido a la vida...

Esa necesidad de un *arkhé*, de un sustitutivo de esa entidad primera, puede identificarse en el comportamiento conspirativo. Es un enfrentamiento, también, contra el nihilismo, mas un enfrentamiento que decide no mirar a uno mismo, a nuestra propia voluntad de poder. ¿Era Nietzsche consciente del porvenir de su empresa deconstructivista? El nihilismo debería ser una etapa de crisis que preceda la auténtica época de cambio, de trasvalorización de los valores que el nihilismo invirtió. En este sentido buscaba una renaturalización de la moral, su puesta al servicio de la autosuperación (Sánchez, 1989, p.252). Pero entiende que, dada la intensa consolidación nihilista y la concepción de nuestra individualidad, ésta no será una tarea fácil. Tiene la necesidad de una “acción final del conocimiento” (Sánchez, 1989, p.253) para inaugurar y extender condiciones distintas de existencia. ¿Cómo se entiende aquí el pensamiento conspirativo? ¿Expresan estas esas nuevas condiciones de existencia? ¿No será que persiguen un afán deconstructivo, contra las estructuras levantadas en el racionalismo? ¿Es su intención la acertada? Debemos indagar en los sentimientos que llevan a los conspirativos a buscar orígenes cuasi-religioso, de *arkhé* e identidades, que otrora ocupaban el trono que sustentaba la estructura moral social.

La muerte de Dios se presenta como una experiencia decisiva en la cual se adquiere la conciencia del desconocimiento de los valores tradicionales. Así lo anunció el loco, en un fragmento de “*La gaya ciencia*” (Nietzsche, 1882, p. 82-83). Entraba a los lugares santos y promulgaba: ¿Qué son estas iglesias sino las tumbas y monumentos funerarios de Dios? Dirá también: “Nosotros negamos a Dios, y al hacerlo, negamos la responsabilidad; solo así redimimos el mundo”.

El nihilismo se muestra en la sociedad contemporánea porque, de manera general, nos hemos vuelto más desconfiados. Pero lo único que se destruyó, con la muerte de Dios, fue una interpretación. Como a ojos de la sociedad europea esta visión era la única, parece que la existencia no tenía ningún sentido. Lo mismo ocurre cuando aquella nueva entidad que se nos ha vendido como la sucesora a la teología en la consecución de encontrar las verdades universales, no cumple las expectativas que teníamos de ella.

En los momentos de crisis de la sociedad contemporánea, cuando se demuestra lo poco que conocemos aún de la existencia, o se procede a descubrir que el método científico es uno de ensayo y error, para nada absolutistas en las conclusiones que descubre, nos sentimos estafados y desorientados. Ante esta experiencia reaccionamos con frustración, arrojados por la seguridad que ya nos comenzaban a proporcionar los sistemas ético-rationales (Sánchez, 1989, p.257). Así nos lo vendía la ilustración, claro, pero el sueño de la razón acabó en el siglo XX, y nosotros estamos viviendo las consecuencias de ese destroz. Un sentimiento de descorazonamiento y de absurdo, similar al que vivieron los cristianos al observar a su Dios ser arrastrado por el suelo, a la altura de un artificio. Todo es vano y falso, piensa el ser humano, inmerso en una lucha contra odiosas verdades, ¿no nos sirve ahora el proceder científico? ¿Sólo causan destrucción nuestros actos sobre el mundo? Si no tenemos dioses y no podemos ser dioses, ¿qué hacemos? Dejamos de creer en dioses y creemos en demonios.

Comparo el afán conspirativo con el afán religioso porque vislumbro en ambos la cuestión de la fe. La idea de Dios me sirve como síntesis de toda realidad trascendente. No tiene que ser una entidad divina, pero lo que se necesita es un sistema que cumpla la función de garantizar, en última instancia, una protección contra la contradicción del devenir y el dolor de la existencia, ofreciendo el fundamento de un mundo de valores en sí y de verdades eternas (Sánchez, 1989, p.257). La ciencia nos invitaba, a nivel general, a iluminarnos con la fuerza de la razón. La muerte de Dios o la caída de cualquier estructura a la que confiriéramos idealidad trascendente significa que la fe en este constructo desaparece. La moral rodeando esta concepción se desmorona entonces, por falta de fundamento (aunque el deterioro de la estructura científica, en concreto, es uno que no viene engendrado únicamente por las sospechas generalizadas de la sociedad nihilista). No repiten el pensamiento del eterno retorno, cuya virtud es la que superará al nihilismo. Decaen en la desazón de un destino insoportable ante el cual tienen que

buscar refugio y consuelo. Persiste en su pensamiento esa posibilidad de cambio radical que encierra el nihilismo, es un pensamiento que niega leyes cósmicas o históricas, no presupone que sean ciertas porque sí. Efectivamente, pervive la desconfianza del nihilismo. Pero es una desconfianza ciega ante aquellas verdades en las que el sujeto, por cuestión ideológica, no cree. No niegan las leyes cósmicas e históricas como verdad en sí, solo aquellas en las que no creen, mientras se afianzan en los argumentos conspirativos como los indicios de verdad. No reconocen el pensamiento del eterno retorno, que libera, disolviendo los condicionamientos y valores históricos respecto a las posibilidades existenciales del presente (Sánchez, 1989, p.265). Más bien, el pensamiento tras las teorías conspirativas es uno que pretende volver a formar nuevos condicionamientos, vigentes en una supuesta realidad belicista, de constante guerra entre los sujetos sujetos y poderes orquestados tras las bambalinas. El pensamiento conspirativo es uno de venganza, el del eterno retorno es una redención de ese mismo espíritu, pero es normal que poca gente pueda asumirlo, casi nadie está preparado para perseverar en la nada. Desde esta perspectiva, podemos observar como el pensamiento conspirativo es un efecto del proceso histórico del nihilismo, un intento de entronar una nueva concepción de orden y poder, no del todo religiosa, no del todo científica. Mas sus actitudes vienen precedidas también por fenómenos puramente contemporáneos, que han facilitado el debilitamiento de instituciones ya hegemónicas y la creación de un tipo de sujeto particular, el sujeto de rendimiento.

6- La crisis de la legitimidad del estado y la ciencia en la contemporaneidad

Resumiendo brevemente la cuestión nihilista, esta es expresión, hoy, de un profundo malestar en nuestra cultura, que se superpone en el plano histórico-social, a los procesos de secularización y, con ello, desencanto y fragmentación de nuestra imagen del mundo. Ésta ha provocado en el plano filosófico una corrosión de las creencias y la difusión del relativismo y el escepticismo.

Antes de acceder al dialogo completo de las teorías conspirativas en las sociedades actuales, hay que hablar de dos elementos que han visto deteriorada su presencia en la sociedad contemporánea. Ambos han sido víctimas de este proceso deconstructivo radical, de la degeneración del pensamiento de la sociedad como colectivo y de la caída

de los valores hegemónicos. Aunque pretender que estas son las únicas razones sería hacerle un flaco favor al estudio histórico que se ha desarrollado al respecto.

Hablaré primeramente de la crisis de la legitimidad del estado brevemente. Busco relacionar la progresiva legitimación del estado, precedida por el deterioro de lo social como producto del positivismo individualista, el uso de la técnica y el nihilismo cultural. Llevaré a cabo esta breve disertación bajo la interesante (y no poco polémica) figura de *Carl Schmitt*, quién señala la crisis de legitimidad del estado como obra del nihilismo (Volpi, 2012, p. 123). Nuestra situación, para hacer frente a esta crisis, está caracterizada por la imposibilidad de recurrir a instancias pre-políticas capaces de dar fundamento a la soberanía del estado, el cual históricamente ha estado unido a la idea del soberano elegido por leyes divinas. Pero una vez el sustento teológico desapareció, según *Carl Schmitt*, se da el nihilismo político de nuestra época: necesitamos saber quién decide en el estado de excepción, quién es el soberano.

Es por esto por lo que, según su visión, el proceso de formación de la legitimidad y soberanía del estado es inseparable del fenómeno del nihilismo político. La modernidad, así, implica el progresivo debilitamiento del fundamento teológico tradicional de la legitimidad. Este fundamento será neutralizado, sus reductos vaciados y su contenido transferido al pensamiento político, el cual para fundamentarse recurre a distintos cuadros de referencias: el metafísico, el moral, el económico y, por último, el técnico. De esta manera es como se despedaza el cadáver y el trono vacío se intenta ocupar con estructuras que pretenden basarse en aquello que ya fue deconstruido. Mas el último cuadro de referencia, el de la técnica, produce una escisión. Esto se debe a que la técnica humana, por no tener fin en sí, produce desarraigo y desorientación.

La filosofía de la técnica contribuye a la aceleración del nihilismo (Volpi, 2012, p. 163). Se ha convertido en elemento dominante en nuestra época, emergiendo de la preocupación en torno a su naturaleza y, por supuesto, acerca de las consecuencias de un uso inmoral (o más bien amoral). *Schmitt* sigue indicando la necesidad de reflexionar bien, si no haremos una reflexión subalterna nada más. El riesgo del pensamiento técnico, que desmigaja la unidad en partes mediante su proceso de entendimiento, es reducir la reflexión filosófica a una retirada estratégica de las grandes cuestiones para refugiarse en el detalle.

Habiéndose convertido en el primer y más importante factor de globalización, la ciencia y la técnica se presentan menos como uno de los múltiples componentes de la realidad y más como una potencia predominante y exclusiva, vinculada al poder humano de intervenir en la naturaleza. La técnica se nos presentó pues, como aquella que supera nuestro carácter defectuoso natural. El afán científico se postuló como el nuevo *arkhé*, que abrían las posibilidades, desde la Ilustración, a un mundo de luces y libertades entre todos los individuos. Pero ahora, con los peligros de la tecnociencia, la asociación entre ciencia y progreso humano ya no resulta tan evidente e inmediata (Volpi, 2012, p. 140). Hemos tenido que sobrevivir a dos guerras mundiales y el temor de la guerra nuclear para darnos cuenta de ello. En los siglos XIX y XX la ciencia y técnica eran consideradas funcionales y favorables al progreso humano, hoy en día nacen dudas respecto a tal identificación inmediata entre el progreso científico-tecnológico y la realización cultural del hombre, porque ahora sospechamos que la técnica, sin control, conllevará la destrucción de la cultura humana. Ahora sabemos que la tecnociencia termina erradicando el mundo natural y cultural (Volpi, 2012, p. 143). La doctrina de la sospecha y el desencanto del mundo es el fin de la razón ingenua y sentimental, erosionando radicalmente la posibilidad de creer en marcos de fundamento teológico, metafísico o antropológico. Mas, frente a esta desazón, parece que las teorías conspirativas encontraron un nuevo marco, más que metafísico, metacientífico. Su proliferación es resultado de la muerte de Dios y la caída de los valores trascendentales que sustentaban su poder. Del mismo modo, el final del siglo XX coincide con esa desazón última del milagro técnico-científico que había acabado con Dios. En respuesta a esto surgen las teorías que buscan verdades ajenas a las presentadas por el estado y entienden que éste no es más que un constructo, un muñeco de trapo manejado por entidades más abyectas. Interpretan el cambio, pero lo hacen ajenos a ellos mismos.

Si el nihilismo enseña algo, es que no estamos sujetos. Nos ha dado conciencia de que nosotros, los modernos, estamos sin raíces y navegando a ciegas (Volpi, 2012, p. 161). Nos deja desnudos, pero también ofrece nuevas posibilidades, ha disuelto dogmatismos tan enterrados en el subconsciente cultural que su pérdida nos hace tambalearnos, pero nunca nos mata. Aun así, su negación nos hiere profundamente, en esa necesidad imperiosa de sustraernos a un origen, a una verdad que nos distinga de los demás, en medio de una contemporaneidad masiva y globalizada.

Ahora bien, aunque afrontar las teorías conspirativas desde la perspectiva nihilista es mi objetivo final, debo aclarar dos cuestiones respecto a la mercantilización de la duda y la “creación de la ignorancia”, que determinan muchas de las conversaciones sociales contemporáneas. Estas refieren sobre todo al marco específico de la ciencia como fuente de verdad.

Centrémonos en teorías que buscan dar una visión contraria a la presentadas en el academicismo científico. Pueden ser las del COVID19, que, en sus múltiples facetas, cuestionan la procedencia o las intenciones tras su aparición, o sospechan incluso de su existencia como tal. Las que analizaremos tienen que ver con la cuestión del cambio climático. ¿A qué se debe esta progresiva desconfianza hacia las postulaciones generales de los científicos?, ¿cómo la figura hegemónica a la que acudimos para buscar explicaciones sobre la realidad, tras la muerte de Dios, se ve mermada en la época donde su vigencia está más que clara?

Primeramente, acudamos a la percepción que se tiene de la ignorancia en las sociedades contemporáneas. Así como entendemos la epistemología como el estudio de la verdad, no tenemos ninguna correlación parecida respecto el estudio de la ignorancia. Es lo otro, lo que no existe. Como tal, no se han establecido sus bases, no se han podido determinar sus fundamentos, ni controlar su expansión. Entender la ignorancia es necesario, saber que sus causas son múltiples y es algo más que un vacío que necesita de corrección (Porctir y Schiebinger, 2008, p.9). Puede ser “ignorancia como estado nativo, ignorancia como opción elegida, la ignorancia como un constructo activo, deliberado y estratégico” (Porctir y Schiebinger, 2008, p.10). De hecho, jugando al mismo juego conspirativo, podemos sonsacar determinadas fuerzas ocultas en la producción de la ignorancia y el desarrollo de ciertas teorías especulativas, basándose en la función de la ignorancia como constructo activo. Como tal, se entiende que ciertas personas o poderes fabrican esta ignorancia, a través de la desinformación, con unos fines específicos según su conveniencia.

De la ciencia tenemos la imagen de una organización abierta y objetiva, en su consecución por la verdad. No entendemos que mucha de la ciencia moderna que hemos aprendido estaba formada de manera similar a los gremios artesanos, con sus secretos entre figuras y organizaciones (Porctir y Schiebinger, 2008, p.17). Primaba antes la autoridad de una figura, que el esfuerzo colectivo por alcanzar una conclusión. Pero la retórica científica que se nos ha inculcado, desde la revolución de ésta, es una que no

habla del proceso científico como uno ad infinitum, que no encuentra verdades, sino va depurando las cuestiones para ir cerrando el cerco poco a poco. Ningún científico actual tendría pretensiones de que el proyecto científico sea uno que descubra “la verdad” en general, solo leyes que nos van organizando el entretejido de la realidad poco a poco. A pesar de ello, desde la retórica de la ciencia nos han hablado de “luz”, “claridad”, respecto a sus métodos y fines. Retóricamente adoptó el legado cristiano como la nueva posibilidad de explicar la realidad. Pero esto fue una ignorancia creada que a niveles populares sirvió para que fuera aceptada con mayor reverencia.

Mas, si tenemos que hablar del deterioro de la confianza social en la ciencia, no podemos pretender que el constructo científico tenga toda la culpa. Si nos adentramos en el juego de la desinformación construida, no solo la organización científica, sino el comercio empresarial, juegan un papel muy importante. De la lucha por la opinión pública que podemos abstraer de la relación entre estos dos elementos, encontramos una respuesta clara a la susodicha desconfianza ante la ciencia. El libro “*Mercaderes de la duda*” (2018) ofrece una importante y trabajada investigación que puede dar claridad al asunto.

Resulta que las teorías conspirativas promueven la desinformación, o la falta de contrastación y especificación. Tienden a proponer realidades sobre bases que, por simplistas, suenan coherentes. Así negaban el cambio climático, por ejemplo. Mientras nadie en la comunidad científica, allá por el año 1979, ponía en duda la realidad del calentamiento global y sus drásticas consecuencias en la acumulación del CO₂, en los círculos de la Casa Blanca circuló otra teoría, con más implicaciones políticas que científicas. Los economistas así asumían que los cambios, si existían, eran lejanos aún, con tiempo para que el libre mercado se encargase de remediarlo. Una década después, el instituto Marshall lanzó un ataque contra la ciencia climática, creando un argumento zafio. Pretendieron, no negar el calentamiento global, sino echarle la culpa al sol. Mas concretamente, su tesis central indicaba que el calentamiento global y los datos recogidos de éste, no correspondían con el incremento de CO₂ de la sociedad industrializada. Basándose en datos de manchas solares, aseguraban que el sol había entrado en un periodo de producción de energías más elevado (Conway y Oreskes, 2018, p.261). Se sabe que ciertos coautores del informe manipularon los datos y diagramas, mostrando y usando solo los que más les convenían para su teoría. No consideraban científicamente todas las causas, de manera objetiva. Su tesis, además, no

se sostenía: si el clima era sensible a los cambios solares, el clima tendría que ser extremadamente sensible también a los gases de efecto invernadero, por lo que la humanidad, y no solo el sol, tendría la culpa del calentamiento solar. Pero su propuesta, que intentaba culpar a otro de las consecuencias del progreso tecnológico de la humanidad, caló en el público. No es una teoría conspirativa, ya que nació de fuentes oficiales, solo que de unas cuya determinación no eran puramente científicas, sino económicas. Aun así, este mismo argumento, sin conocimiento de fondo, es esgrimido aún hoy en las teorías conspirativas que observan el cambio climático como un complot progresista. La desinformación pretendida logró su objetivo y benefició durante años al negacionismo climático estadounidense.

En este ejemplo observamos un punto de cruce, visible pero inentendible para la sociedad. Nuestras visiones de la ciencia objetiva no comulgan en una sociedad regida por el pensamiento económico del progreso liberal, un pensamiento inherentemente estadounidense que se ha ramificado entre todos los estratos sociales de las naciones europeas.

En “Mercaderes de la duda” señalan como hay una idea orbitando la sociedad. Ésta es que, al tratar un tema, la imparcialidad y objetividad se logra dando igual importancia a las teorías discordantes, a las voces que puedan sugerir un modelo que no sea el preestablecido. Mas la ciencia no funciona así (Conway y Oreskes, 2018, p.291-292). Las cuestiones que quedan científicamente resueltas no son sometidas a revisiones por pares. No es el procedimiento científico, por lo cual ninguna revista científica publicaría una teoría que siguiera un modelo del sistema que no fuera el heliocéntrico. Pero la prensa no especializada, bajo coacción de entidades gubernamentales y empresariales, repetidamente publicaron artículos que mostraban la posibilidad de que verdades objetivas fueran aun teorías verdes que necesitaban de más análisis (de hecho, la extenuación de los procesos científicos mediante peticiones inacabables de datos es una de las formas en las que las instituciones bloqueaban las investigaciones científicas que no resultasen afines a su modelo).

La retórica de la “ciencia sólida” fue usada, por parte de unos sujetos concretos, con nombre y apellidos, figuras científicas reconocidas en sus ámbitos y también seres humanos que sobrevivieron al secretismo de la guerra fría. Consiguieron así sobreponer su visión política ante la científica y, con enlaces en distintas administraciones gubernamentales, aprovecharon sus figuras para reiteradamente congelar

investigaciones, tergiversar datos o suavizar consecuencias de los informes. Crearon una estructura y un método para rebatir las cuestiones científicas que sería en adelante emulado por instituciones gubernamentales y empresariales. “La ciencia real se desechó como basura, mientras se ofrecen en su lugar tergiversaciones e invenciones”, escriben en el libro, concluyendo que “la ciencia siempre ha tenido la capacidad de perturbar la posibilidad de los poderes rectores de controlar a la gente controlando sus creencias [...] el poder de perturbar a cualquiera que pretenda preservar y proteger el status-quo” (Conway y Oreskes, 2018, p.228) Así, un gobierno cuya proclama era una actividad comercial sin limitaciones, veía diezmada su autoridad ante las pruebas de que esa actividad estaba causando daños irreversibles en el planeta tierra. La jugada que usaban era defender una ideología extrema de libre mercado, negando hechos científicos por el camino. La oposición frente al ecologismo llegó a tales extremos que nos permite ver exactamente sus raíces. Podemos, por ejemplo, analizar la postura del jefe de la Oficina de administración de George Bush en 1990, *Richard Farman*, quien dijo en televisión: “Los estadounidenses no lucharon y ganaron las guerras del siglo XX para hacer el mundo seguro para las hortalizas” (Wade, 1990, p.A16). Conociendo que esta era la posición oficial del gobierno estadounidense respecto al dilema, no podemos sorprendernos de los resultados. De esta forma, las propias fuentes oficiales, de cara a la ciudadanía, sembraron la discordia, la duda, la semilla de movimientos negacionistas radicales. Las industrias tras los fines económicos se esforzaron en mantener vivo el debate, con tesis contrarias a las dominantes en la ciencia, apoyándose en los medios de información, alegando que era en pos de un debate equilibrado, solo para desequilibrar la balanza a su favor (Conway y Oreskes, 2018, p.342). Para hacer sus tesis creíbles las llamaron ciencia, en contra del conglomerado científico, y así, a ojos de las masas, la institución científica se desquebrajó.

No es de extrañar, entonces, que la urgencia del tema tardara un tiempo en llegar a la sociedad, y en Estados Unidos provocó un deterioro en la confianza del constructo científico y la posibilidad de la desinformación mediante los medios de comunicación. Hoy en día, en medio de la “barbarie electrónica”, se ha creado un altavoz por el cual cualquier información y punto de vista puede multiplicarse. Así se expanden afirmaciones científicas que no lo son en absoluto. Se usan datos corrompidos, masticados hasta el hastío, para ser regurgitados en masas simples, recipientes perfectos para afirmar cualquier punto de vista. Y así crecen las teorías conspirativas, porque tal y

como Nietzsche decía: “Cuando no hay más remedio que convertir a la razón en tirano, se corre por fuerza el peligro no menor de que algo se erija en tirano” (Nietzsche, 1889, p. 11). Son una respuesta visible a la sospecha hacia el racionalismo y el academicismo, hacia las investigaciones como fuerzas objetivas. Y es que, de hecho, no están tan equivocados.

Al desprestigiarse los valores de verdad de la ciencia nos encontramos con una nueva corriente que pretende mostrar una verdad secreta. Al final, no dejan de promover su necesidad por encontrar un origen, porque históricamente se les indicó que los datos y las interpretaciones científicas son dos cosas diferentes. De esto concluyeron que toda, o la mayor parte de la estructura científica, no era sino un constructo artificial, tan artificial como cualquier verdad o mentira, creadas y aceptadas a conveniencia. Los negacionistas científicos, que construyeron teorías conspirativas que intentaban desmentir realidades científicamente propuestas, siguieron el pensamiento que *Nietzsche* nos enseñó en “*Sobre la verdad y mentira en el sentido extramoral*” (1873). Atendieron a creer que los designios de la ciencia eran creados por necesidad. Esta necesidad era, en concreto, aquella que beneficiara a las élites que controlan el devenir de la humanidad y que usan las proclamas científicas para ocultarnos la verdad. Así creen que la tierra tiene una forma que no es la que se nos enseña, para tergiversar la realidad, o que el cambio climático es un fraude orquestado por un lobby oculto, por razones políticas e ideológicas.

La fórmula de la decadencia, tal cual es formulada por *Nietzsche*, puede interpretarse en los actos de los sujetos conspirativos. Ésta es: elegir instintivamente lo que nos perjudica y sentirnos atraídos por motivos “desinteresados”. Las teorías conspirativas no tienen la función de los dogmas religiosos, pero tienen en su pensamiento de grupo y en sus prácticas sectarias una aproximación cuasi-religiosa. Mas su fe es catastrofista, como ya he mencionado. Eligen creer en teorías que no les convienen, que les presentan una visión guerrillera de la realidad, un mundo completamente controlado y contrario al espíritu individual. Saben que no buscan lo que les conviene, pero esto, aunque creen que reafirma sus actitudes, solo es un intento por ocultar el que, realmente, ya no saben que es lo que les conviene (Sánchez, 1989, p.253). Son hombres metafísicos, en el sentido en que, para ellos, el placer y el dolor de vivir y ser conocedores de una realidad tan asfixiante como en la que creen, es parte necesaria de su estilo de vida. Pero esto es un símbolo de decadencia, es el cansancio de vivir, y no el instinto de vida, lo que ha

creado su mundo (Sánchez, 1989, p.139). No quieren afrontar el pensamiento nihilista: del “Yo no valgo nada”. Son individuos inmersos, como veremos más adelante, en el positivismo individualista. Deciden que, antes de renunciarse a sí mismos, renunciaran al mundo y las verdades que se han establecido bajo los estamentos de la ciencia. Se han dado cuenta de que ésta no es un reemplazo equivalente a las figuras teológicas y deciden, así, que no vale nada, que está amañado.

Esta última interpretación de la esencia conspirativa es puramente especulación. Aun así, al tratar de elucubrar los paralelismos, se nos va esbozando el pensamiento conspirativo como la consecuencia de ese pensamiento débil que no quiere afrontar las consecuencias de nuestra existencia y decide recurrir a verdades extraordinarias, denostando la figura que ha ocupado el trono de Dios. Es interesante en este punto observar como el pensamiento individualista contemporáneo, también consecuencia negativa, a ojos de Nietzsche, del recorrido nihilista, impulsa la creencia de las teorías conspirativas. Pero el individualismo, como comprobaremos ahora, es una cadena nueva en el artificio social para los individuos autoflagelados. No quieren afrontar su existencia y, de esa manera, recurren a verdades conspirativas sin saber que en ellos realmente sí que reside la voluntad de poder y de cambio. El individualismo es un debilitamiento, una decadencia, nacida de un orgullo herido de muerte.

En suma, comprobamos la decadencia del estado y de la hegemonía científica como deudas de la decadencia que trajo el pensamiento nihilista y la muerte de Dios. La consecuencia de esta decadencia, en un intento de negarla (y negando así valores y verdades actuales), es que proliferaron las teorías conspirativas.

Toca indagar ahora en el sujeto conspirativo como sujeto contemporáneo, analizar las vías que acabo de abrir, sobre su esencia y su actuar, en medio de la sociedad del cansancio.

7- Voluntad conspirativa y nihilismo cultural en la sociedad del rendimiento

En la contemporaneidad múltiples autores han aprovechado la ocasión, con el nacimiento de la filosofía continental, para crear esquemas del funcionamiento de sociedades. Uno de los más reconocidos, *Foucault*, comienza a tratar la cuestión del presente como acontecimiento filosófico al que pertenece el filósofo en cuestión.

Entendió la filosofía como un discurso de y sobre la modernidad como problemática de una actualidad. La abrió así a dos posibilidades, una crítica, como filosofía analítica de la verdad, y otra como pensamiento crítico que tomará la forma de una ontología de nosotros mismos.

Este pensamiento crítico es el punto de entrada de numerosos autores para intentar establecer teorías generales sobre la estructura de las sociedades. *Foucault* es el gran representante, con su estudio de la sociedad disciplinaria, de un estado que usa las técnicas del castigo carcelario para someter a los individuos. Mas este estadio quedó atrás y, si hemos de comentar una teoría sobre la estructura social puramente contemporánea, debemos acceder a la interesante figura de *Byung-Chul Han* y su libro “*La sociedad del cansancio*” (2012), el cual ha ido adquiriendo reconocimiento a la par que sus identificaciones han resultado fructuosas.

Hablamos de la sociedad del cansancio como aquel estadio cultural definido por el extremo positivismo. Un marco contemporáneo en donde la sociedad ha cedido el mando de la culpa y la explotación a los propios individuos. *Byung-Chul* reflexiona acerca de la época actual como la época de las enfermedades neuronales. La depresión, el síndrome de desgaste ocupacional o el trastorno límite de la personalidad definen el panorama patológico de esta cultura, ocasionados todos por un exceso de positividad (Han, 2012, p.9). A su vez, el pensamiento nihilista deroga los valores hegemónicos, aquellos que entendían de la inmunología de la otredad, del dualismo. Esta extrañeza para con los otros (no hablamos aquí de las verdades universales, solo de realidades sociales), va desapareciendo. Las amenazas parece que se están eliminando, tras el fin de la Guerra Fría. El panorama que nos presenta *Byung-Chul* es el de una sociedad globalizada, que mide sus parámetros no en la negación “del otro”, sino en la positividad.

La positividad a su vez trae una “sobreabundancia de lo idéntico” (Han, 2012, p.19). Nos encontramos, de pronto, con una sociedad homogénea, en la que comprendemos que todos somos muchos e iguales. ¿Qué representa ello para la determinación de nuestro ego, de nuestro “Yo”? Se manifiesta una violencia neuronal, en consonancia con las consecuencias de la muerte de Dios y el nihilismo cultural. Por un lado, nos encontramos ante el abismo de la pérdida del sentido, encontramos al “Yo” deambulando en el mundo. Nos aterra el mirar hacia la “nada” de nuestra existencia y las consecuencias que ésta tiene en nuestra percepción sobre nosotros mismos. Seres

perdidos, desnudos, tirados al azar y el caos. Entonces, cuando nuestras identidades parecen desintegrarse ante la realidad del mundo, observamos un vasto mar de individuos iguales. ¿Cómo podemos destacar? La sociedad, bajo el eslogan del “¡Yes, we can!”, se encarga de darnos alas, esperando que la previsible caída nos haga más dóciles.

Mi intención aquí es comprender como el exceso de positivismo ayuda a las prácticas sectaristas de las teorías conspirativas. Estas ya no solo ofrecen un escudo epistemológico, como hemos comentado antes, ante la falta de sentido; ofrecen también una oportunidad de diferenciación de la masa social. Una oportunidad por la cual el sujeto conspirativo puede aumentar de manera real la confianza en sus capacidades, al hacerse participe en los misterios ocultos del mundo, a los que no todo el mundo, supuestamente, tiene acceso. Esta es la dimensión de grupo de las conspiraciones. Los psicólogos dicen que se puede deber a una actitud narcisista colectiva (Vicol, 2020, p.18). Esta actitud parece derivar de una sensación de falta de reconocimiento. A este tipo de personas les conforta ignorar las críticas que se les hacen, por considerarlas partes de una agenda maliciosa.

La violencia neuronal positiva es exhaustiva, inmanente al propio sistema. Un “colapso del yo que se funde por un sobrecalentamiento que tiene su origen en la sobreabundancia de lo idéntico” (Han, 2012, p.23). Aquí somos unos sujetos de rendimiento, emprendedores de nosotros mismos; pero verdugos también, si no alcanzamos las expectativas que nos autoimponemos. La sociedad del rendimiento produce así depresivos y fracasados, ya disciplinados, por estados de sociedades anteriores, pasando del *deber* de las sociedades disciplinarias al *poder*. Yo puedo, y, si no, la culpa será mía y solo mía, por no ser capaz de rendir y producir, de explotarme e inmolarme, para destacar entre los demás.

¿Quedan vetadas las nuevas posibilidades que *Nietzsche* predijo que nacerían de nosotros? ¿Es posible que este estadio social que hemos alcanzado propicie la creación y divulgación de las teorías conspirativas, precisamente porque resulta que ese proceso, aunque de fondo nihilista, produce posibilidades de cambio que ahora mismo nos son vetadas?

Cuando *Byung-Chul* define la depresión de este tipo de sociedades como un “cansancio del crear y el poder hacer” de la voluntad del poder, lo hace con el

convencimiento, por parte de la sociedad, de que en realidad “sí que podemos”. Este es el extraño y falso individualismo positivo del cual también los sujetos conspirativos son partícipes, una creencia nacida de una necesidad, que no es más que una trampa. Este individuo, sujeto de rendimiento, ya no guarda ninguna voluntad de poder dentro de sí. Depresivo, se auto explota voluntariamente, convencido de que lo tiene, solo para caer de nuevo.

El hombre trabajador no renuncia a su individualidad ni a su ego a la hora de inmolarse. La sociedad de trabajo se ha individualizado y convertido en sociedad de rendimiento, mas el hombre trabajador está tan lleno de ego que está a punto de explotar, lo que lo convierte en alguien hiperactivo e hiperneurótico (Han, 2012, p.45). La moderna pérdida de creencias que afecta, no solo a Dios, sino también a la realidad misma, hace que la vida humana se convierta en algo totalmente efímero. También se ha vuelto efímero el mundo, nada es constante y duradero. Ante esta falta de poder ser, solo queda el nerviosismo de un ser humano totalmente aislado en una vida desnuda (Han, 2012, p.46) ¿Cómo no van a resultar entonces llamativos los movimientos conspirativos, que ofrecen una trinchera contra el nihilismo y la multitud de iguales, dotando al sujeto conspirativo de una determinación que eleva su ego y le hace verse por encima del resto, más inteligente y especial?

A la vida desnuda se reacciona con hiperactividad, histeria del trabajo y la producción. Necesitamos aprender a escribir, pensar y hablar, algo en lo que *Nietzsche* y *Byung-Chul* están de acuerdo. Para *Byung-Chul*, lo que Nietzsche formula no es otra cosa que la necesidad de una vida contemplativa que guíe con soberanía los impulsos externos, no fiándose de los sentidos sino de la razón. Una vida contemplativa activa, fuera de la hiperactividad que genera más obligaciones que libertades.

Escapa de la potencia del no-hacer (en términos nietzscheanos), aunque no es impotencia per se. Se necesita, según el autor, de un poco de potencia negativa y un poco de potencia positiva. La positividad de los sujetos conspirativos se halla sujeta a algo, es una potencia del no-hacer. Sin potencias negativas, el sujeto conspirativo cae en una hiperactividad mortal (Han, 2012, p.59). El cansancio en la sociedad del rendimiento es un cansancio a solas, que aísla y divide; provoca una incapacidad de mirar. Así, los sujetos cansados son violentos, porque destruyen toda comunidad. Un cansancio que hace posible que uno se detenga y se desmorone; cualquier cosa menos un estado de agotamiento en el que uno se sienta capaz de hacer algo.

Habiendo observado esto, podemos afirmar que el nihilismo y la sobreabundancia de lo idéntico juegan un papel fundamental en la radicalización de las prácticas conspirativas, en su sectarismo, puesto que los sujetos de las conspiraciones acuden a ellas cuando se encuentran en estados de ansiedad e impotencia, cuando la fuerza del positivismo extremo les alcanza. Así han prosperado siempre en pandemias y situaciones críticas, como en 1576. Durante un brote de peste bubónica en Italia se comenzó a creer que la peste había sido propagada a propósito con ungüentos infectados (Vicol, 2020, p.17). Nos encontramos ahora en una sociedad de rendimiento nihilista, de sujetos explotados, pero de positivismo extremo, del afán individualista como respuesta para enfrentarse a lo sublime, de globalización y supra-información de las desgracias. Por si no fuera poco, recién comenzamos a salir de una época de excepcionalidad como lo ha sido la pandemia del COVID19, que ha afectado la confianza en las acciones gubernamentales y el sentimiento de compenetración. ¿Cómo no van a reproducirse con tanta facilidad, en esta época contemporánea tan difusa, las teorías conspirativas? ¿No resultan sus intentos por vislumbrar al enemigo en las sombras una necesidad de volver a la época de la negatividad? A medias, pues no dejan ser sujetos sujetos a su cultura, siguen creyendo en el “Yes, we can”

8- Conclusión: Teorías conspirativas como producto del nihilismo cultural

A lo largo de este trabajo he podido indagar en el pensamiento conspirativo. Mi punto de partida ha sido el tratar de comprender su comportamiento y, sobre todo, las causas de este. Veía en ellos una necesidad de sujetarse, aunque aquello que les de apoyo sea un continuo sentimiento de catástrofe y secretismo. He indagado casi exclusivamente en el pensamiento nihilista y las consecuencias que se pueden sacar de éste, pero no creo que sea una interpretación totalizadora del movimiento conspirativo. Mas si bien accedo a interpretar, según una teoría concreta, un comportamiento social; las teorías conspirativas y el gran desarrollo actual que están teniendo, pueden analizarse desde múltiples perspectivas. No he querido pasar por alto la importancia de los movimientos neoliberales que nacen, sobre todo, de esas secuelas de la guerra fría que aún se pueden sustraer del pensamiento norteamericano y europeo.

Siguiendo esa primera impresión que tenía he intentado darles esta nueva perspectiva a los sujetos conspirativos: son sujetos desorientados y engañados, en

cuanto a sus posibilidades individuales de alcanzar la verdad. Son sujetos que a su vez se han visto influenciados por el positivismo individualista y su visión ontológica, de las posibilidades ocultas en sí mismos como sujetos racionales. También sus visiones del mundo son consecuencia de la destitución y creciente desconfianza de las instituciones oficiales, devenidas por medio de diferentes factores históricos. Al final todas estas intenciones, corrientes y actos, que forman la amalgama que es el sujeto conspirativo, enraízan con esa historia de la catástrofe que previó Nietzsche, allá por el año 1888.

Predijo también los estándares que podríamos observar en la historia contemporánea, y bajo ese punto de vista, solo me decidí a localizar y significar las consecuencias del nihilismo en el modus operandi de las mentes conspirativas. Con esta pequeña inserción se dejan entrever las sustanciosas bases nihilistas que permean en este tipo de individuos, pero era necesario también localizarlo bajo la influencia del positivismo individualista. Ir desmigajando progresivamente, desde los conceptos base hasta ciertos factores adyacentes, me ha permitido centrarme en esa imagen de los sujetos que son creyentes habituales de las teorías conspirativas, como aquellos que se enfrentan a la contradicción contemporánea, y como aquellos que más sufren por esta. He tenido a bien en repetir que nuestros parámetros no son los de una sociedad puramente nihilista, sino de una que encuentra en el individualismo liberal el antídoto a este “mal”, sin entender que sus actos son consecuencia y significativo de la decadencia de la que ya son parte. De su creencia, en sí mismos, y su desconfianza hacia el mundo, germina su visión. Otra realidad, otra posibilidad, nunca pretendí denominarlos el *pensamiento débil*, pero tuve que usar la terminología nietzscheana. Mi intención es tender un lazo de entendimiento a sus causas y pensamiento. Espero haber aportado una visión, al menos curiosa, al debate.

Bibliografía:

- Conway, E.M. & N. Oreskes. (2018). *Mercaderes de la duda*, Madrid, Capitán Swing.
- Douglas, Karen M., Robbie M. Sutton. (2020). *Conspiracy theories and the conspiracy mindset: implications for political ideology*. Behavioral Sciences 34.
- Douglas Karen, M., Uscinski, Joseph E., Sutton, Robbie M., Cichocka, Aleksandra., Nefes, Turkey., Siang Ang, Chee. y Deravi, Farzin. (2019). *Understanding Conspiracy Theories*. Political Psychology, 30.
- Gil, Marta. (2011). *La noción de nihilismo en padres e hijos de Iván Turgueniev*. Cartaphilus Revista de investigación y crítica estética, 9.
- Han Byung-Chu. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm (1889). *El ocaso de los ídolos*. Austral.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm (1882). *La gaya ciencia*. Ariel Quintaesencia.
- Nietzsche, Friedrich Wilhelm (1873). *Sobre la verdad y mentira en sentido extramoral*. Tecnos.
- Proctir, Robert N., Schiebinger, Londa. (2008) *Agnology: The making and unmaking of ignorance*. California, Standford University Press.
- Sánchez Meca, Diego. (1989). *En torno al superhombre: Nietzsche y la crisis de la modernidad*. Anthropos.
- Vicol, Dora-Olivia. (2020). *Las creencias en teorías conspirativas*. Afrika Chek, Chequeado y Full fact.
- Volpi, Franco. (2012) *El nihilismo*. Editorial Siruela.
- Wade, Nicholas. (14 de mayo de 1990). *The Editorial Notebook; Mr. Darman and Green Vegetables*. New York Times, pp. A-16.